

Suplemento peligroso: crisis y crítica para discursos de identidad y sus interpretaciones

Rodrigo Browne Sartori*

Resumen

El presente artículo pone en crisis y critica la autoridad construida por Occidente en torno a la figura del autor, de los discursos de autoridad y del imperativo de las identidades únicas y autorreferentes. Para habilitar esta diferencia se convoca la presencia de un suplemento (peligroso) que permite sustentar este punto de vista crítico priorizando una apertura hacia las ecuaciones limitadas que reducen y estrechan las interpretaciones.

Palabras clave: autoridad – crisis-crítica – identidad –interpretación – suplemento

Resumo

Este artigo coloca em crise e critica a autoridade construída pelo Ocidente em torno da figura do autor, os discursos de autoridade e o imperativo de identidades únicas e auto-referenciais. Para permitir essa diferença é convocada a presença de um suplemento (perigoso) que permite sustentar esse ponto crítico priorizando uma abertura em relação às equações limitadas que reduzem e restringem as interpretações.

Palavras-chave: Suplemento – autoridade – identidade – interpretação – crítica de crise

* Doctor en Comunicación. Actualmente es profesor e investigador del Instituto de Comunicación Social de la Universidad Austral de Chile, en Valdivia.



Se ha instalado una guerra y un rechazo de todo aquello que se resistía a la linealización

J. Derrida

El profesor-narrador de “Ella era Hemingway” (2008) de Enrique Vila-Matas, por lo visto, nunca entendió el cuento de este escritor y periodista estadounidense llamado “El gato sobre la lluvia” (1925). El primer cuento, del cual se desprende el segundo, trata de una mujer que en la costa italiana -y después de observarlo desde la ventana del hotel donde se hospedaba- decide ir en busca de un gato que se encontraba acurrucado bajo una banca para protegerse de la lluvia...

El segundo cuento se basa en el primero y gira en torno a la incapacidad de comprender que este profesor tiene en relación a los pasajes acontecidos en la primera e inspiradora narración. El no comprender el final del primer cuento lo llevó a escribir el segundo. Con la intención de dar vida, cuerpo y sustento a su futura creación, el docente invita a sus estudiantes, como actividad de clase, a tratar de entender el final del famoso “El gato sobre la lluvia”. De eso trataría su narración y de eso trata el cuento: relatar como un curso interpreta un texto particular de Hewingway y hasta dónde podría llegar ese ejercicio hermenéutico. El cuento es breve, se ve sencillo pero sus límites interpretativos ¿hasta dónde podrían llegar?

Las diferentes interpretaciones que arroja la tarea a lo largo de la discusión, en la misma aula, hacen concluir al narrador, que su conflicto es un problema mayor ya que, realmente, ese cuento en particular, es incompresible. No se puede entender debido a que, desde su simplicidad, se dispara en versiones y lecturas difíciles de aterrizar.

Una de ellas es la de una chica que, finalmente y luego de varias vueltas, da el nombre al cuento que busca “el final” de la relación entre el gato y la mujer en la costa italiana: “Ella era Hemingway”, le exclamó al profesor y así tal cual este mismo personaje -basado en las experiencias de otro cuento- lo escribió y tituló. “Ella era Hemingway” era una –tal vez la más aberrante– de las tantas interpretaciones que se habían dado en la sesión sobre el cuento en análisis.

Más allá de esta particular interpretación de la muchacha, la narración de “Ella era Hemingway” trata de un sincero profesor que aprovecha una clase para convertir a sus alumnos en “carne de cuento” que le ayuden a bien interpretar el “El gato bajo la lluvia”. Además, sostiene en su discurso –y para vergüenza de él– que García Márquez tilda este trabajo como el mejor cuento del mundo —¿Y cómo lo entiende? se puede preguntar el personaje en cuestión. Una de las maravillas de los narradores de Hemingway –sostiene el profesor– es que siempre logran contar una historia saltándose lo central, es decir, sin contar lo más importante de, este caso, el cuento del gato, la mujer y la lluvia. El centro del trabajo se dilucida por omisión. Lo que Jacques Derrida (1998) denomina, entre otras cosas y retrotrayendo fragmentos del pensamiento de Rousseau, “ese peligroso... *suplemento*”¹.

El suplemento se puede entender como una *juntura* [*brisure*]. Un trozo quebrado, trizado, fracturado y fragmentado que sirve como bisagra para estar y no estar en una experiencia determinada. Como una especie de escritura de la diferencia que articula un ejercicio dialógico *entre* una huella que cuesta reducir –debido a todo lo que ella ha pasado– en un presente del aquí y el ahora. En una huella que sirve como rastro y palimpsesto que no añora a su original y que menos pretende una re-presentación ideal, sino que busca la juntura en el cambio, prediciendo una repetición que nunca es idéntica, que nunca es representada. Que clausura a la representación.

La identidad frenetizada busca igualar a una cultura bajo ciertos aspectos de carácter homogéneo. Ejemplos hay muchos. Cuando las dictaduras cierran sus puertas hacia el exterior, en un evidente y clásico ejercicio de intramuros, es que no quieren contaminaciones de “otros” que pueden cambiar el estado actual de esa sociedad en específico. Se reivindica y enarbola la identidad para sobrevivir al claustro. Si hay disidentes deben retirarse a los márgenes o, dependiendo de su nivel de desobediencia y anticompromiso, deben ser eliminados. Como la vibrante operación –cuando comenzaba a otear las virtudes de las diferencias al sistema del

¹ J. Derrida, *De la gramatología*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

Benefactor– a la que fue sometido el curioso y nombre propio-numerado-personaje de la novela distópica *Nosotros*². En uno de sus últimos pasajes, D-503 se pregunta sobre cómo ha logrado escribir alrededor de doscientas páginas de un diario y cuán reales pueden ser éstas. Después de la operación que lo vuelve al centro y le da la claridad obnubilada de una representación que parcela la realidad, apunta: “Completamente sano. Sonríe y no puedo ser de otro modo; me han extraído de la cabeza una espinita y me siento aliviado, experimento un vacío. Mejor dicho, no es que sea un vacío, pero no hay nada extraño que me impida sonreír (la sonrisa es el estado normal de una persona normal)”³. Un formateo que cumple labores de *soma* dirigido, directamente, al centro del sistema nervioso y neuronal. Se acabó la disidencia. Se encarriló a la oveja (casi negra) descarriada.

Siguiendo este último caso ficcionalizado –pero dignamente basado en el sistema soviético del cual fue víctima Zamiátin– cómo se puede hablar excesivamente de una identidad nacional si ese estado está conformado por un millar de voces que no son, en gran parte, ni reconocibles ni contables. No son matemáticamente numerables. Las identidades que se pueden encontrar en un país reunidas, aglomeradas, conviviendo y sin saber, incluso, desde dónde provienen ni porqué son parte de un individuo, ya no caben en los libros nacionales de identificación o, actualmente, en los sistemas informáticos de los registros civiles de control migratorio. Con el propósito de tratar de aproximarse a esta última reflexión, sólo un ejemplo: Ginebra, Suiza. Tranvía que cruza parte de la ciudad. Desde *Plainpalais* –parada donde, entre otras cosas, se encuentra la Universidad de Ginebra– hasta *Moillesulaz* —estación terminal donde se acaba Suiza y comienza Francia. En ese trayecto de no más de cuarenta minutos de viaje, en su interior, un día como hoy, se pueden encontrar a un mexicano contándole por celular a alguien de su país que está bien –“mucho mejor que allá”– y que el asunto promete en este nuevo desafío. A una angloparlante de aspecto británico indicándoles, en un perfecto inglés, a sus pequeños hijos, de tez

² E. Zamiátin, *Nosotros*. Madrid. Akal, 2008.

³ *Ibíd.*, 293.

morena oscura, que no deben pararse en la pisadera del tranvía cuando éste abra sus puertas. A dos árabes que, compartiendo un televisor entre sus manos, discuten en una lengua algo tan inentendible como el cuento de Hemingway para el narrador del relato de Vila-Matas. Un grupo de estudiantes suizos que repasan en francés los contenidos del examen del otro día y que se bajan en una de las estaciones del centro de la ciudad. Un joven ginebrino -con síndrome de *down*⁴- que reclama en voz alta y cada cierto tiempo sobre lo lento que avanza el tranvía. Y, finalmente y entre otros personajes más, a un chileno cumpliendo labores de etnógrafo de segunda categoría (urbano y posmoderno) que trata de asimilar esta excesiva e inusual diversidad, en comparación con las mezclas culturales que se interrelacionan en el sur de América Latina.

Entonces ¿cómo se puede hablar de UNA identidad ginebrina si un alto porcentaje de los habitantes de esta ciudad no son completamente “pura sangre”? Hay que sólo viajar en el tranvía para percatarse. No será que el definido y denominado concepto de identidad muta permanentemente y en un tiempo esquizoide e indescifrable — como el final de un cuento de Hemingway. De acuerdo a miles de factores como, en este caso, el ingenuo y rápido retrato del tranvía, se podría, entre miles de cosas más, preguntar cómo toma medidas el área de migración del cantón de Ginebra que trata, dentro de lo posible, de ordenar este deambular de exceso de otredades. Tema que, como se sabe y al desbordar los libros del registro civil de identificación, no es fácil de calzar de buenas a primeras. ¿Cómo en Suiza se podría hablar de UNA identidad si ya el propio nombre del país se escribe en cuatro oficiales y diferentes lenguas: *die Schweiz* en alemán, *la Suisse* en francés, *Svizzera* en italiano y *Svizra* en lengua romanche? —en el entendido que la lengua es la madre de un Estado-nación bien conformado⁵. ¿Cuántos otros idiomas más se hablarán aparte de los oficiales? ¿Cuál

⁴ Sobre este improvisado viaje en tranvía y sobre este punto en particular, no se puede dejar de lado la pregunta: ¿Cuál es, en este caso y para este análisis, la diferencia? ¿La diferencia migratoria que se traslada en el tranvía o la supuesta diferencia “mongólica” que implica tener síndrome de down, aunque este último pasajero sea europeo?

⁵ Como se verá más adelante, Derrida (*De la Gramatología*, op. cit., p. 215) marca la diferencia suplementaria entre “cultura” como añadido de la “naturaleza”. Para aproximarse a ella se refiere a un interesante punto que relaciona lengua y educación: “de tal modo que la enseñanza de una lengua

es su suplemento que se añade por deficiencia “migratoria” a las lenguas oficiales?

Como se puede ver el tema de la identidad única es un mito. Y el mito de la identidad es víctima también del pensamiento lineal que denuncia Derrida en su proyecto deconstructivo. ¿Cuántas interpretaciones, por tanto, pueden haber para una identidad? El caso arriba expuesto, por ejemplo, es de la parte francesa de Suiza y sólo es un lunar dentro un universo de manchas, tachaduras, huellas y suplementos que se pueden encontrar en esta pequeña fotografía de observación pseudo etnográfica de un mar in-identificable de voces, formas y colores. Vila-Matas en su “Discurso de Caracas” de aceptación del Premio Rómulo Gallegos (2001) por *El viaje vertical* invita, siguiendo a Pessoa, a perder países, incluso el propio para perder la identidad, para ironizar sobre esa maniática y caprichosa noción de la identidad, “volverse menos neurótico y aceptar el hecho de que la vida es siempre mestizaje”⁶.

El suplemento es aquel valor agregado que debate en la juntura, entre la presencia y la ausencia de la noción de identidad. Se subleva de la maniática y caprichosa noción ya sea ésta reducida a la suiza, la española, la uruguaya o la chilena. “De un tiempo a esta parte, yo quiero ser extranjero siempre”⁷. Este juego permite deconstruir la estabilidad del propio concepto y habilita otras formas, otros pensamientos... Por ello, aquí no interesa adentrarse en la historia lineal en sí de cada una de las narrativas que, a fin de cuentas, sirven como base introductoria al suplemento del acto interpretativo. Lo que importa es una escritura en su juntura, en el suplemento añadido para tratar de entender hasta qué punto puede desvariar una interpretación que se supone bien direccionada e identitariamente establecida: “Ella era Hemingway” se escapa de toda raíz y directriz.

Vila-Matas es una suerte de especialista en estos juegos interpretativos y al principio de su único libro publicado en Santiago de Chile ofrece un ensayo denominado “Aunque no entendamos nada”. A lo largo de sus líneas hace una

transmite al mismo tiempo toda una cultura nacional sobre la que el pedagogo no tiene control alguno...”.

⁶ E. Vila-Matas, *Aunque no entendamos nada*, Santiago de Chile. J. C. Sáez Editor, 2003.

⁷ *Ibíd.*, p. 166.

apología a las páginas en blanco, a los textos incomprensibles e incompredidos, a las narraciones que no se entienden y tilda de ridículos a los obvios trabajos que se comprenden en una primera lectura. Invita, en consecuencia, a desbloquear y a resistir esa linealización.

En el libro que lleva el mismo nombre que el mencionado ensayo se defienden los tartamudeos en su propia lengua y los textos escritos como en lengua extranjera, es decir, aquellos trabajos que se salen de los dictámenes de la tradición literaria que les impone un principio, climax y fin. Supuestamente y para el profesor-narrador de “Ella era Hemingway”, “El gato bajo la lluvia” es un fiel reflejo de este tipo de patología de la incomprensión. Y como se puede vislumbrar, ese poco “entendido” funciona a través de una variedad de interpretaciones que, obviamente, traicionan a la única, linealizada, identitaria y hermética versión de un escrito. La escritura que se asocia a estos textos desprendidos del circuito tradicional se torna, por tanto, en una diferencia que trata de escaparse de las concepciones clásicas que la limitan a cuestiones de base científica y epistemológica. Al escaparse de estos muros estimula, en su arriesgado atrevimiento, las más oscuras prohibiciones que son parte de sí misma y que admiten no sólo leer de una manera lineal, sino que descontextualizar esa linealidad para llegar a otros lugares.

Para Derrida, en el suplemento existen instancias, como se puede desprender de las antes mencionadas, que buscan engeguercer la cultura. El suplemento puede ser una añadidura exterior que no es tolerada ni por la naturaleza ni por la razón. “El engeguercimiento, entonces, produce lo que nace al mismo tiempo que la sociedad: las lenguas, la sustitución regulada de las cosas por los signos, el orden del suplemento”⁸. El problema es que, sobre esto, el que no ve no sabe que y qué no está viendo. Crea sistemas para reemplazar su visión pero, al mismo tiempo, no las ve. El suplemento entiende este acto reglamentario como ley, asumiendo que la cultura surge como suplemento de la naturaleza. Por eso la cultura se torna en ley y el

⁸J. Derrida, *De la gramatología*, op. cit., p. 190.

suplemento es incapaz de ser asimilado por los discursos de la razón. El suplemento, a fin de cuentas, es otra forma de hacer diferencia.

La escritura es suplemento. Pero en estricto rigor y para los discursos de autoridad la escritura sólo es válida cuando el habla fracasa, cuando la naturaleza llega a ser vedada o intervenida. En esa emergencia si tira rápidamente de la escritura, se añade el verbo. Al habla como natural, por tanto, se le añade la escritura como representación y sin autonomía, sin carácter de natural. Es la representación en el pensamiento -y como suplemento de la naturaleza- del habla a través de la escritura.

En este acto, Derrida percibe un peligro ya que entiende que dicha autoridad ejercida sobre la escritura es una violencia contra el destino natural de la lengua. Pero atención, porque la primera función del suplemento es suplir no añadir. El añadir tiende al reemplazo, se sustituye por otra cosa, en cambio el suplir implica colmar, repletar la presencia y clausurar la representación. El suplemento no es que tenga el lugar de, si no que está en lugar de... siempre en el afuera de lo que se debe suplir, “es extraño a lo que, para ser reemplazado por él, debe ser distinto a él”⁹.

Como se dijo, es la cultura la que debe suplir, al igual que la escritura, a la naturaleza en momentos de poco sustento y autosuficiencia. Cuando falla la naturaleza es por causa de accidentes y desvíos... Para suplir estas deficiencias, la cultura se torna en hábitos. Uno de los primeros es el sistema educativo para los infantes. Lo que no puede ofrecer la naturaleza en cuanto a formación, lo puede otorgar la escuela. Lo que la naturaleza no da, la cultura lo “presta”, lo suple, diría Derrida. Y, en realidad, sobre este acto de suplencia no se presentan mayores conflictos. El tema se pone peliagudo cuando los signos del habla se imponen fuertemente y se apoderan de los discursos como si fueran propios. Cuando se ejerce poder.

La naturaleza y la razón no pueden aguantar al suplemento. Cuando se ponen

⁹ *Ibíd.*, p. 186.

ciegos de poder ya no pueden ver el añadido siempre externo, frente a la deficiencia de naturaleza, del suplemento. Su presencia no les permite esta reflexión. La impotencia de la razón no la hace llegar a esta reflexión. Es el principio de identidad: “Es el pensamiento de la identidad consigo del ser natural”¹⁰. Es la identidad “pura sangre”. Para ellos y luego de todo lo expuesto, el suplemento, sin más, se torna peligroso. Peligro que se traduce en la añadidura de la escritura al habla, de la masturbación a la experiencia sexual normal, de la cultura a la naturaleza, del mal a la inocencia, de la historia al origen y así hasta el infinito.

Un ejemplo puede ser, también aprendido desde el añadido de la cultura y desde la adolescencia: la experiencia del autoerotismo. La masturbación como trauma prohibido dentro del discurso de la tradición. He aquí uno de los peligros directos de la suplantación ya que seduce por los derroteros de un deseo que está fuera de borda, que se sale del sendero y se escapa de sus clásicos límites. Este es el suplemento de la auto-afección.

En términos específicos, la economía del suplemento no es presencia ni ausencia. Y lo es por, a su vez, protección de cara a la misma amenaza que le tilda: la razón y lo natural. El suplemento milita en lo prohibido, lo estimula pero también lo respeta. En dicha instancia y contra los discursos de autoridad, este último ejercicio es el que tolera a la escritura como, en caso de crisis, representación-imagen del habla. Lo que realmente abre los sentidos y logra recuperar al lenguaje desde la ortodoxia occidental que la engecece, es la escritura como transgresión a estas normas, como desaparición de la presencia natural.

Cuando se habla del escritor Hemingway o de Vila-Matas para referenciar a protagonistas de este artículo, no se está *hablando* de autores en el ámbito tradicional del concepto, sino que se tienden a presentar y ausentar en los casos vinculados, mayormente, al suplemento peligroso e incierto de la escritura autoritaria que les

¹⁰ *Ibíd.*, p. 190.

exige linealidad y orden en su lectura e interpretación. Con Barthes¹¹ se podrían presentar como “autores muertos”. La importancia y la riqueza del suplemento para una identidad que no es identidad, para un autor que no es autor y para un texto que no tiene por qué tener una y sola interpretación. En pocas palabras, la mujer que quería tener un gato -y que tenía un marido que pasivamente leía en un cuarto de hotel- es Hemingway. Esa interpretación es tan válida como si no lo fuera.

En la parte más chilena de *Aunque no entendamos nada* –que se llama “Hasta ahora, todo perfecto” y donde se presentan varias columnas publicadas a comienzos de siglo en el farandulero diario santiaguino *Las Últimas Noticias (LUN)*– Vila-Matas escribe sobre la redes y orientaciones para una potencial interpretación. Alude, a través de su narrador y en una ágil escritura, a los textos de significadas “primeras frases”. Se da cuenta que, en éstos, también hay juegos de parodias y citajes. Recuerda, por ejemplo, el impacto de las primeras líneas de *La metamorfosis* aunque, y por lo mismo, no ha llegado -al igual que con Hemingway y el gato bajo la lluvia- a entenderle. También recuerda a los nuevos lectores preparados y específicos en devorar novelas policiales. Y junto a Borges se imagina a un común y corriente modelo de lector policial, proveniente de cualquier latitud que recibe la instrucción de asimilar al Quijote como novela típica de este género. “Lee: ‘En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...’, y ya ese lector está lleno de sospechas, porque el lector de novelas policiales lee con una suspicacia especial: ¿por qué no quiso acordarse Cervantes del nombre del lugar? Porque sin duda era el asesino, el culpable”¹².

En otro pasaje de la misma compilación de columnas y, tal vez, a través de uno de sus tantos narradores-personajes, mezcla un sabroso potaje de literatura y longevidad. “Leer para no envejecer” deja en claro que cuando un buen lector decide dedicarse a cosas que sólo comprende fácilmente, comienza a envejecer. Desde el ejercicio literario aquella nueva lectura es suplementaria ya que añade externamente

¹¹ R. Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, 1987.

¹² E. Vila-Matas, *Aunque no...*, op. cit., p. 40.

“algo” desconocido a la cadena. Un lector policial interpretando el Quijote, fuera de hábito y recibiendo lecturas suplementarias sobre el clásico de Cervantes. La función primera del arte -dice el narrador y no hay que olvidarla- es extrañar, fragmentar los hábitos de la percepción y hacer nuevo lo que se considera y define como viejo.

En este mismo contexto, uno de los narradores también se refiere a la publicación del diario íntimo del heterónimo de Fernando Pessoa llamado Bernardo Soares. Soares firma un libro recientemente publicado en castellano que reúne la obra completa de Pessoa a través de dicho heterónimo. Soares, quien, a su vez, es un “bartlebyano” oficinista de Lisboa que se pasa la vida mirando por la ventana de ese despacho, juega y suplementa en el *Libro del desasosiego* al hacer bailar en la frontera, en el limbo, a la realidad y la ficción, llenando de incertidumbres, desazones, laberintos y “dejando la obra inacabada e inacabable: un universo entero en expansión cuya pluralidad -literaria y vital- es infinita”¹³.

Pero la conexión con Chile no sólo se reduce a las publicaciones en *LUN* y luego la edición del libro que, entre otros escritos, las reúne. Uno de los tantos narradores de Vila-Matas anuncia, en una de las columnas, a uno de los personajes cruciales de lo que será su próxima novela. Supuestamente *El mal de Montano* (2002) recoge la historia del chileno Felipe Tongoy. El hombre más feo del mundo. De origen húngaro y de apellido original Kertész, igual que el Nobel de ese país que, una vez y antes de recibir dicho galardón, presentó a este mismo narrador de Vila-Matas en Budapest. Al mismo narrador de esta columna y de la futura novela que trata, entre varias cosas, de un actor chileno de origen húngaro terriblemente horripilante, inspirado, intertextualmente, en el apellido de Imre Kerstész.

Lo que sucede es que *El mal de Montano* se gesta en Chile. No sólo parte de sus pasajes suceden en Chile si no que la idea nace en este país. Entre ruidos de pólvora de un año nuevo en Valparaíso y el rugido del océano Pacífico: “¿Quién será, lector, la primera persona que te hablará después de haber leído esta columna? ¿Te traerá

¹³ E. Vila-Matas, *El mal de Montano*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002.

la alegría de Valparaíso o será una presencia incómoda?”¹⁴. Un caso de pensamiento y escritura suplementaria también es rescatado por Vila-Matas en el libro *Aunque no entendamos nada*. Rescate realizado fuera ya de las columnas publicadas en la prensa santiaguina. Tal vez, uno de sus escritos más chilenos (queda claro que su novela más chilena es Montano) es el llamado “Nuestro Emar de Ultramar (un escritor chileno explicado a los que no son escritores ni chilenos)”. Ésta trata del escritor y pintor Álvaro Yáñez Bianchi. Poco conocido -según el narrador de esta pieza- artista chileno de “obra rara” que obtiene su pseudónimo, es decir, se suplementa, se hace otro, a partir de la expresión francesa *j'en ai marre* que significa “estoy harto” o, en buen chileno y así lo diría el narrador de Vila-Matas, “tengo lata”.

Luego de cuestionar duramente a los críticos de su país y después de ir y venir de París, Emar (1963-1964) publica algunos de sus trabajos en Chile y, a modo de venganza, los comentarios de los especialistas en la materia lo destrozan, tildándolo de fuera de lo clásico, fuera de la literatura normal y de desequilibrada/o. Un escritor que suple –se podría decir junto a Derrida– en esta búsqueda por una escritura de la *différance*. Sólo una muestra de su suplementariedad: “La gente existe para atravesar vidrieras. Y, ya atravesadas, consumir cine, bebidas y objetos varios, especialmente de caucho. Si se suprimieran las vidrieras, la humanidad entera se desparramaría hacia los cuatro puntos cardinales, se sumergiría en los océanos rápidamente y en las arenas de los desiertos lentamente. Entonces en los bosques, praderas y ciudades, los pajaritos entonarían nuestras canciones”¹⁵. Como no es conocido, Vila-Matas abusa de su ausencia hablando de su biografía. Todo con el propósito de que su auditorio de turno piense que es un personaje de ultramar inventado por él mismo. Un *recuerdo inventado*. “Precisamente la gracia que tiene es que existe y al mismo tiempo yo puedo inventármelo, siempre que no esté en Chile o hable ante chilenos, y es que en Chile ya lo conocen. O deberían conocerlo”¹⁶ ¡Un verdadero suplemento!

¹⁴ E. Vila-Matas, *Aunque no...*, op. cit., p. 122.

¹⁵ J. Emar, *Ayer*, Santiago de Chile, Zig-zag, 1935.

¹⁶ E. Vila-Matas, *Aunque no...*, op. cit., p. 137.

Sin desperdicio alguno, se puede considerar un acto de pensamiento suplementario en su máxima expresión el escrito de Juan Emar llamado *Umbral* (1996). Trabajo que nunca se publicó con Emar vivo y sólo se llevaron a imprenta y póstumamente en 1996 sus cerca de cinco mil páginas mecanografiadas. El escritor optó por desaparecer –luego del chaparrón de duras críticas a sus trabajos– para escribir en los márgenes, en un autoexilio, esta incomprensible, extensa y no terminada novela. El texto es como una especie de relato, dentro de otro relato, que se va escribiendo a sí mismo a través de una suerte de epistolario dirigido a Guni. Al avanzar en él se va incrementando y propagando hacia las más diversas latitudes. Se trata de una multiplicidad de personajes y de plantear diferentes formas de “hacer” –tal cual como suena– novela. El y los narradores abusan de los géneros que repletan sus páginas y logran des-generarlos, para sacarlos de sí y, en su deconstrucción suplementaria, hacerlos deambular por otros sitios, informales, ajenos, no lineales, distantes y, como diría Vila-Matas, “raros”.

Umbral se comenzó a escribir el 14 de septiembre de 1940 y nunca se terminó -y aún con el escritor muerto y el texto publicado tampoco se ha terminado... no tiene fin, aunque ya haya pasado por la imprenta. ¿Cuántos libros inconclusos se habrán publicado? ¿Y cuánto ayudan estos a su incomprensión? En el ensayo “Regreso al tapiz que se dispara en muchas direcciones”, Vila-Matas reconoce que después de terminar *Bartleby y compañía* (2002) se percató que a ésta le faltaban muchas cosas por decir y que los enfermos de literatura, los escritores del “no”, todavía estaban por muchos sitios. Un libro inconcluso que pierde, en sí mismo, su carácter de libro-cerrado y linealizado por este pequeño y sólo detalle. La novela de Emar, en tanto, es incomprensible e incomprensida, tal cual como fue Emar para los críticos y la sociedad de la época. No tiene fin, al igual que *Bartleby y compañía* cuando quien lo escribe descubre que el libro no está terminado, “Veo el libro como el cuento de nunca acabar, el libro de la creación inagotable, el nuevo libro de la arena”¹⁷.

¹⁷ E. Vila-Matas, *Aunque no...*, op. cit., p. 146.

En consecuencia, el pensamiento suplementario es un pensamiento errante que Derrida lo considera como una alternativa que husmea otros trayectos y no se conforma con el oficial. No responde a certezas metodológicas y descansa también en el porvenir del no saber, logrando, así, salirse de la órbita, tal como lo hace Emar con su escritura suplementaria. Por ello al leer, se debe despegar del canon que instala categorías-base en y de la metafísica (occidental) para hacer lecturas desde lo no visto, desde las entre líneas que ayuden a entender, “aunque no entendamos nada”.

Ya que en el no comprender está el acto de creación. El peligroso suplemento de la escritura.

Bibliografía

- E. I. Zamiátiñ, *Nosotros*, Madrid, Akal, 2008.
- E. Vila-Matas, *Bartleby y compañía*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- E. Vila-Matas, *El mal de Montano*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2002.
- E. Vila-Matas, *Aunque no entendamos nada*. Santiago de Chile. J. C. Sáez Editor, 2003.
- E. Vila-Matas, *Ella era Hemingway No soy Auster*. Barcelona. Ediciones Alfabet, 2008.
- J. Emar, *Ayer*. Santiago de Chile, Zig-zag, 1935.
- J. Derrida, *De la gramatología*, Madrid, Siglo XXI, 1998.
- R. Barthes, *El susurro del lenguaje*, Barcelona. Paidós, 1987.
- W. Burroughs, William S., *La revolución electrónica*, Buenos Aires, Caja negra, 2009.